

arriesgadas situaciones de mal gusto. Aquí hemos de comentar que tanto en esta como en otras novelas de Sampedro, por ejemplo *El caballo desnudo*, siempre su escritura es refinada, carente de exabruptos o de violencias verbales tan al uso en determinadas novelas de moda y tanto en desuso cuando debe tratarse de relatar una historia y no hacer historia con un relato. Sin embargo, hemos de indicar que la relación de Miguel con Karín y sus incursiones en la intimidad de ambos es uno de los capítulos más bellos del libro. Aquí la serenidad, aquí la más delicada sensación: es el amor renaciendo sobre ese cúmulo de problemas y de ciertas angustias. «Los abetos emitían no el susurro del viento, sino el roce de las telas resbalando sobre el cuerpo. Las hierbas transformaban su olor en un silvestre perfume de mujer. Una gaviota se dejaba mecer por las ondas casi voluptuosas y las nubes adoptaban curvas femeninas».

Pero tal vez sea ese entrecruzamiento de vidas en el ambiente ciertamente episódico de un congreso científico, el que dé a la novela un valor de documento de primera magnitud para comprender cómo es el hombre y cómo se comporta ante circunstancias diversas, ante cuestiones distintas a las habituales. De ahí el desatino de la gran y las pequeñas tragedias que surgen en ese panorama y de ahí también el encanto y el desencanto de las relaciones que tienen lugar bajo el escenario que a todos ha concitado. Así *Congreso en Estocolmo* ha sido no sólo un descubrimiento del Báltico, sino un descubrimiento del hombre como ser proclive al amor y a la amistad. Sampedro lo ha sabido relatar.

Vestir al (animal) desnudo

A veces el crítico se permite alguna anotación personal, que podría perdonársele, y que suele venir a cuento de la problemática que presentan las obras a cuyas reseñas dedica algún entusiasmo. En este caso, al contemplar la magnífica y pulcra ciudad provinciana que el profesor Sampedro retrata en una preciosa novela, nos vienen a la memoria hechos y situaciones que reflejan estampas de la murciana Yecla de hace veinticinco años: las mismas aprehensiones, iguales pudores falsos, similares dobles conductas y, por fin, esas caducas y violentas existencias que pretende blanquear actos donde más que el pecado subyace egoísmo infernal y lujuria inconfesada. Villabrúna es una ciudad típica del nauseabundo submundo provinciano español de los años 40/70, donde se acogían los fieles a la misa mayor mientras las solteras se abrían de piernas en las sacristías y se santiguaban después del gozo con olor a cera requemada. En la calle se respiraba lascivia permanente y, sin embargo, en los casinos y lugares de reunión las buenas formas cobraban carta de naturaleza. En un ambiente asfixiado por tales histerias colectivas, de repente aparece un caballo normal, o sea desnudo, y se arma la de Dios. Ahí están las Pías damas piándolas y el elemento sacerdotal clamando incesantes homilias en favor de la moral y las buenas costumbres, es decir, como en plena época nazionalfalangista, que no es, precisamente en la que se desarrolla la novela. Por fin, las fuerzas vivas de Villabrúna se ponen de acuerdo y deciden vestir a todo bicho viviente que tenga la indelicada osadía de enseñar el sexo o hacer pis a la vista del personal. Todo se toma como una acción en pro de las buenas costumbres y en favor de preservar a los niños, esos angelitos, de tan nefastos espectáculos como los irracionales pueden dar con su total falta de consideración hacia los demás habitantes de este

planeta aún no suficientemente virgen ni suficientemente brutalizado por la mano armónica del hombre llenando de barro todos los rincones. Todo sucede en «*El caballo desnudo*».

«El caballo desnudo», cita con las buenas costumbres

Idílico parece todo el entorno en Villabruna hasta que, como por arte de alguna magia negra, se le ocurre aparecer en pelotas a un caballo y un repelente niño Adolfo exclama: «—¡Tía, mira, ese caballo va desnudo!—». Aquí el redoble de conciencias, el salto a la crítica más desorbitada, la violencia a flor de piel, la posibilidad de redención para algunas casadas infieles o/y la posibilidad de encarrilar a todo el mundo por el pretendido sendero de la moral más positiva. Es la hora de mitificar esas costumbres honestas y de repudiar lo repudiable tal vez como medio para desviar la atención de otras problemáticas más cercanas. Incluso el cura Pelagio lanza su inflamada oratoria desde el púlpito con el exclusivo fin de lograr un encauzamiento de las buenas costumbres y el retorno a la moral de siempre; poco a poco se logrará un regreso a los comentarios hostiles a tanta perversión y decadencia. «¡Que si ocurre algo! El caballo desnudo, Sultán relamiéndose, los perros, el niño con su inocencia destruida, las mariposas, el Mal en nuestra ciudad, los ochenta y un caballos desnudos del escuadrón...». La verdad es que detrás de tanta pretendida indecencia, existen otras indecencias más lamentables. Verbigracia Adela y Evangelina tratando de conseguir un buen macho, esta vez racional, para sus horas de asueto, el elemento militar poniendo sus uniformes al servicio de la cornamenta de destacados varones y, en fin, toda una pléyade de pequeñas mosquitas muertas saliendo de su cascarón en aras de conseguir un lugar en el repudiado infierno, mientras se prepara el acto, el gran acto, cívico-moral de desagravio para la indecencia de los animales desnudos y las gualdrapas se comienzan a fabricar como un espléndido negocio para tapar cualquier desnudez de los irracionales. Es la época, incluso, en que se pretende crear la llamada LIMA (Liga para la Moral Animal) y aparece en «El Eco» una décima firmada por Acteón con las iniciales, en vertical, de la pretendidamente angelical Evangelina, un putón de la buena sociedad villabrumense.

«Era la tarde indecisa. Vibraba a violeta el cielo. Atajó entonces su vuelo.

Nube púrpura y precisa,

Germen de llanto y de duelo».

Tal es el deseo de purificar las costumbres que incluso se decide poner calzones al fauno de la glorieta, labor que se encomienda al soldado Marcelo, a quien se encarga una delicada labor de mármol para tal cubrimiento. Marcelo, por fin, devendrá en un perfecto y humano fauno que colmará las delicias de la aburrida Eva como colofón a una desanimada fiesta civicomoral que no llegará a cumplir sus propósitos. Atrás quedará la imagen del caballo desnudo reflejándose en el suelo, los entusiasmos de los moralizantes como cómplices de determinadas incongruencias vitales. Mientras tanto, ha sucedido una espléndida novela, una invención sagaz repleta de ironías y de violencia, como un verdadero psicoanálisis de la sociedad española de todas las épocas, como un reportaje de esos lugares lejanos y anclados en el tiempo donde una falsa moral impera sobre todo tipo de impudicias

⁴ JOSÉ LUIS SAMPEDRO: *El caballo desnudo*. Editorial Planeta. Barcelona, 1970, 294 págs. Reedición en Ediciones Alfaguara. Madrid, 1985.

y de suciedades personales, lugares, donde falsamente) pelagra la familia y la sociedad, aunque realmente lo que pelagra es el mantenimiento de un mundo irracional y falsamente cristiano. Sin embargo, el epílogo es contundente: «Mientras haya Moral, habrá Caballos Desnudos»

Al final del camino

Lo verdaderamente inquietante en José Luis Sampedro es su capacidad para ofrecer en cada una de sus novelas una historia completamente diferente y, al tiempo, un relato repleto de interés y de intriga casi espectacular. Es esta capacidad de hombre de letras, la que hace del economista un magnífico ejemplar de novelista que se le ve sobrevivir por encima de modas y tendencias, tal vez porque las suyas son historias tan sencillas como la vida misma y tan dramáticas como dramático es el periplo vital de cualquier ser humano, por insignificante que parezca. Así, el situar a un viejo con su cáncer a cuestas, frente a un nieto recién nacido y frente a una mujer madura a la que acompañará, sintiéndose acompañado, en las últimas etapas de su vida, es el objeto de una nueva novela que, perfeccionando su propio estilo de vida, nos muestra a un Sampedro repleto de vitalidad y nos enmarca su visión de la existencia y su reflexión en torno a cuestiones tan patéticas como la soledad y la muerte con un fondo de sencillez y de tiernas aristas, que evidentemente, nos hacen recorrer el relato con pasión y con vehemencia pocas veces igualdas.

«La sonrisa etrusca», una larga reflexión

Efectivamente «*La sonrisa etrusca*»⁵, última novela por ahora del economista José Luis Sampedro, es una larga reflexión sobre el ser humano y sus recónditas miserias. Como todas las suyas, esta es una historia entre maravillada y sencilla. Un viejo partisano de Calabria recalca en Milán, donde su hijo le lleva para ser visitado por médicos que diagnostiquen y, al ser posible, curen su dolencia, de mortal necesidad, por tratarse de un cáncer avanzado. Así es como el anciano Salvatore Roncone se va a ver atrapado por la gran ciudad, lejos de la libertad del campo, pero cerca de la felicidad soñada al suponer que su influencia de hombre rústico y avezado en los mil peligros de la vida servirá para hacer un hombre de su nieto casi recién nacido y a quien, curiosamente y sin sospecharlo siquiera sus progenitores, han puesto el nombre de guerra del abuelo, Bruno. El encontronazo con los modos y costumbres de la gran ciudad y la capacidad decisiva del viejo partisano para afrontar los peligros que se le vienen encima es toda una delicia, una reflexión en torno a la civilización y sus ventajas e inconvenientes. Al final va a triunfar, como siempre, el bien, pero en un marco donde no hay posibilidad para la maldad y para la retracción, sino para el salto hacia adelante y la visión de un futuro mejor, que al fin, estará encarnado en el nieto y en la nueva compañera del abuelo. Obra intensa y magnífica que nos dejará un poso de cierta amargura y de alguna suave felicidad.

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO
Plaza Nueva, 3
MIRAFLORES DE LA SIERRA
Madrid

⁵ JOSÉ LUIS SAMPEDRO: *La sonrisa etrusca*. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1985, 347 págs.